

HISTORIA ECLESIASTICA

GENERAL

Ó SIGLOS DEL CHRISTIANISMO

EN SU ESTABLECIMIENTO Y PROGRESOS.

SIGLO QUINTO.

ARTICULO PRIMERO.

Estado político del imperio y de las naciones bárbaras en el siglo quinto.

Ya hemos dicho en bosquejo el carácter y gobierno de Arcadio y de Honorio, quienes comenzaron á reynar separadamente en las dos mitades del imperio en los últimos años del siglo precedente. El primero de estos príncipes murió en el año 408, de edad de 31 años, habiendo reynado 14 despues de la muerte de Teodosio. El segundo vivió hasta el año 423, y acabó en la edad de 39 años, habiendo reynado 28.

A Arcadio sucedió en el imperio de Oriente su hijo Teodosio II, conocido por el nombre de Teodosio el jóven, y habido de su muger la emperatriz Eudoxia oriunda de Francia por su padre el conde Banton, célebre general de los exércitos romanos en tiempo de Teodosio el Grande. Este príncipe jóven fué indolente, como su padre voluptuoso y desaplicado; pero tuvo la dicha de hallar en Anthemio, prefecto de Oriente, un ministro político, inteligente en los negocios, infatigable y atento á todo, el qual con su prudencia y fidelidad aseguró el estado de los insultos de los bárbaros, y de qualquier movimiento de los ambiciosos. A este excelente ministro favoreció mucho la princesa Pulchêria, hermana de Teodosio, dotada en su tierna edad, ademas de la prudencia de los políticos mas consumados, de las virtudes christianas,

que la pusieron en el número de los santos. Conocia bien el carácter negligente, la incapacidad y los demas defectos de su hermano, demasiado entregado á la molicie y los deleytes para poder esperar de su correccion fruto alguno: por lo qual acudió al remedio de los desaciertos, poniéndose ella misma á la frente del gobierno baxo el título de Augusta que él le habia concedido. Con estos dos apoyos, la laboriosidad y zelo del ministro, por una parte y la capacidad y virtud de su hermana por otra, logró ser feliz Teodosio contra los bárbaros que no osaron traspasar los límites puestos para impedir sus invasiones contra los persas, que fueron rechazados, y tuvieron que pedir la paz: y finalmente contra los rebeldes, quienes por muerte de Honorio intentaron apoderarse del Occidente. Aunque este príncipe no fué glorioso por su conducta, sin embargo en su reynado no se han visto las desgracias y pérdidas que afligieron al imperio en tiempo de sus sucesores.

La envidia de los grandes, y el pillage de los bárbaros, despedazaban el Occidente, gobernado entónces por la emperatriz Placidia, hermana de Honorio, durante la menor edad de Valentiniano III.: pues Aecio y el conde Bonifacio, los dos grandes hombres, que habian nacido con todas las propiedades necesarias para defender su patria é ilustrarla, la sumergieron en las mas horrosas desdichas: el primero, que era el baluarte del imperio en las Galias contra los ataques de los francos y borgoñones, pensó en destruir al segundo, que estaba mandando en la Africa con ventajas gloriosas, valiéndose para con Placidia de la deslealtad é impostura, armas propias de los cobardes, é indignas de un general, á quien por otra parte no se le puede negar el título de un hombre grande. No podian dos rivales tan poderosos armarse el uno contra el otro, sin obligar á entrar en su partido á los oficiales y á las tropas; y aun así no hubieran sido dichosos, si no se hubieran procurado atraer otros defensores. Pero Bonifacio recurrió por su parte á los vándalos, á quienes no se les pudo echar despues de la Africa, y Aecio por la suya se fortificó con el socorro de los godos; y para mas bien asegurar su venganza, dexó á los francos y borgoñones entrar hasta el centro de las Galias; á los alanos atacar la Armorica, y á los pictos establecerse en la gran Bretaña, entre tanto que

los hunnos conducidos por Atila, asolaban el Oriente de la Europa, y se iban disponiendo para marchar á Italia: así que las provincias romanas se rendian á las naciones bárbaras por aquellos mismos, á quienes los soberanos sin mérito y sin talento confiaban las fuerzas del estado. Las calamidades del Occidente llegaron al punto de obligar á los pueblos á pasarse en bandadas á las provincias del Oriente, y al de ser necesario contener con las leyes estas emigraciones funestas al príncipe que dexaban, y onerosas al país del otro en donde buscaban el asilo. Lo que hicieron estos trabajos, fué aumentarse mas en tiempo de los sucesores de Valentiniano III., cuya muerte sucedió en el año 455. Pues no parece sino que Máximo, Avito, Mayorino, Severo, Antemio, Olibrio, Glycerio y Julio Nepos vistieron la púrpura, para hacer mas patente su impericia, sus flaquezas y sus vicios. La rapidez de los pillages, las asolaciones, las muertes, los incendios, todos los crímenes, y todas las desgracias se juntaron de una vez, y arruinaron la Germania, las Galias, la España, la Italia y el Africa, hasta el reynado momentaneo de Rómulo Augusto, que solo subió al trono de los césares para hacer ver al universo quan indigno era de tener el nombre del fundador de Roma, y creador del poder imperial. Quedó desposeido por Odoacer rey de los hérulos, quien tomó el título de rey de Italia en 476, y le señaló con que mantenerse en la abundancia como un simple particular; dicha correspondiente á sus cortos alcances mas que al puesto elevado de donde habia caído.

Roma, tomada y saqueada por Alarico, habia vuelto á serlo de nuevo por Genserico, y últimamente por Odoacer, y de este modo acabó reducida á la mayor miseria aquella ciudad, que se habia sorbido el oro de todas las naciones, y vengada la sangre de los mártires, con que se habia embriagado. Era tan visible la cólera de Dios en estos acontecimientos funestos, que no podia dexar de sentirse, y para que no fuese desentendida, armó los elementos, y multiplicó las plagas en tal manera, que no se podian atribuir á la malicia de los hombres, ni al curso ordinario de la naturaleza. Envió inundaciones que arrasaron los campos, temblores de tierra que arruinaron los pueblos, incendios extraordinarios que acabaron de consumir lo que habian perdonado los temblores, y por úl-

timo sequedades, que se extendian por todo el Occidente.

Entónces fué quando esta parte del mundo mudó de semblante, elevándose nuevas potencias en Europa, cuyas diferentes porciones invadidas y desmembradas se rindieron á dueños desconocidos. La España fué conquistada por los godos; los anglos-saxones se establecieron en la Gran Bretaña, la qual tomó de ellos el nombre de Inglaterra; los alemanes se apoderaron de la Germania, y se unieron con sus antiguos habitantes; los franceses formaron un establecimiento permanente en las Galias que ellos habian subyugado; los hérulos, los ostrogodos, y los lombardos dominaron sucesivamente en Italia, y dieron principio á los pequeños estados en que despues se subdividió. Todos estos conquistadores que habian salido del Norte como enxambres innumerables, eran feroces, ignorantes, y sin letras; despreciaban las ciencias, y no sabian mas que el arte de fabricar las armas. Y así destruyeron todos los monumentos de la magnificencia romana, los teatros, los arcos triunfales, los sepulcros, todas las obras primorosas de arquitectura, de pintura y de escultura, que son despreciables á los ojos de la ignorancia y de la barbarie.

Si volvemos otra vez los ojos al Oriente, es cierto que no veremos en él espectáculos tan lastimosos; pero tampoco hallaremos la dicha, la dignidad, la grandeza, el valor y la prudencia de los Constantinos y Teodosios en los soberanos que subieron al trono imperial despues de Marciano, que fué el único entre ellos que se ha hecho digno del lugar que ocupaba, y de que Pulchêria le prefiriese á todos los grandes del imperio para ofrecerle la púrpura y su mano. Esta princesa tan versada en el arte de gobernar, no conocia á otro mas capaz de sostener el peso del estado, y de rechazar á las naciones belicosas que por todas partes hacian esfuerzos para inquietarle, pero por desgracia reynó solamente seis años, y le sucedió Leon I, quien aunque tenia algunas qualidades buenas, y era irreprehensible en las costumbres, é impidió los progresos de los bárbaros ganándoles algunas victorias por sus generales; era, sin embargo, ignorante, avaro y cólerico, y estas pasiones le alejaban del consuelo de los vasallos en sus trabajos. Leon II, su nieto adoptivo, era niño, y murió en su tierna edad. Por su muerte Zenon, su padre y tutor, se

sentó en el trono de que ántes era ya el dueño , y solo le poseyó para hacer desgraciados á los pueblos , y á sí odioso á todo el mundo por sus vicios. Basilisco aun mas indigno que él en el poder supremo que habia usurpado , solo se sirvió de él para perseguir á los defensores de la fe , para robar los pueblos ya consumidos , y dar la muerte á todos los hombres de mérito que le podian hacer alguna sombra. Finalmente Anastasio I , que fué el último de los dueños del Oriente durante este siglo , y no murió hasta el año 18 del siglo siguiente , casi podemos decir que no se ocupó en otra cosa durante su reynado de veinte y siete años , que en oír las disputas de la religion , que agitaban á la iglesia , defecto comun de casi todos los príncipes que reynaron en Constantinopla en los tiempos que vamos exâminando y en los siguientes: pues mirando con indiferencia los males del estado , todo su cuidado ponian en los negocios de la iglesia ; y así Anastasio queriendo mas pasar por teólogo que cumplir con las obligaciones de emperador , se dedicaba á recopilar fórmulas , á hacer leyes en favor de los ortodoxos , ó de los hereges , en el tiempo mismo en que los bárbaros saqueaban las fronteras , y llevaban el espanto á lo interior de las provincias que se hallaban expuestas al pillage.

ARTICULO II.

Estado del politeismo y de las sectas filosóficas : y su influencia en las ciencias y costumbres.

En vano se esforzaba el politeismo en sostenerse estando á un tiempo combatido por la razon y por la autoridad , y teniendo contra sí una religion sostenida en los milagros , en las virtudes eminentes de un gran número de obispos santos , en los escritores sábios y cultos , y en el zelo de los soberanos y del comun ; sin embargo de tener aun mucho partido en el imperio , particularmente en Roma , en Antioquía , Alexandría y en otras ciudades grandes , en que dominaban el luxo , y la inclinacion á los espectáculos y diversiones : y sobre todo , entre los grandes que descendian de familias antiguas romanas , entre los filósofos que aplicaban sus talentos á la defensa propia , y entre el pueblo que atribuía sus desgracias á

la cesacion de los sacrificios y á la cólera de los dioses.

En este estado de combate y defensa en que se hallaban reciprocamente los sectarios de la idolatría respecto de los christianos , y estos respecto de los idólatras , era preciso que los ingenios echasen mano de una metafísica abstracta y sutil ; y en efecto se servian por una y otra parte de los principios de Pitágoras y Platon : los paganos para probar el sistema de su mitología con alegorías y moralidades capaces de disfrazar lo ridículo , y los christianos para combatir el paganismo indicando las relaciones que hay entre las ideas filosóficas de Pitágoras y Platon , y los misterios que sirven de fundamento al christianismo en su parte especulativa. Con este objeto la filosofía debería llegar necesariamente á ser del todo teológica , y las sectas dogmáticas á cambiarse en otras tantas sociedades religiosas , como se ha visto en las escuelas famosas de Roma , Atenas , Alexandría y Constantinopla. Y así es que todos los que se habian formado en ellas , y unian con el politeismo la filosofía , no hacian mas que amontonar de todas partes en los autores paganos , y sobre todo en los poetas y escoliadores , los materiales del sistema de religion , que intentaban oponer al de los christianos ; y por estar entregados del todo á estas observaciones , se olvidaban de las ciencias exâctas y de los conocimientos del orden natural. Casi podemos decir que no cultivaron la física , sin embargo de haber tenido en Constantinopla un profesor público , con el cargo de profundizar y estudiar los secretos de la naturaleza : pues la moral ni mas ni ménos se cultivó con mas calor ; y si no fuera por la necesaria conexión que tiene con las opiniones que componian todo sistema de religion , qualquiera que sea , le hubieran abandonado igualmente.

De lo qual se ha seguido , que el estudio de la mejor imitacion en todo , y el aprecio de la antigüedad , y las obras inmortales que ésta ha producido fueron cayendo en olvido insensiblemente , por haberse inclinado á las figuras y alegorías que los apartaba de la sencillez , de la naturalidad , y por consiguiente de la verdadera belleza ; y solo alababan lo que les parecia nuevo , y mas escudriñado en las explicaciones que procuraban dar á las ficciones antiguas , y pasaban por los mejores filósofos aquellos que utilizaban mas en sus discursos , y tenian mas ingenio para

desenredar las fábulas poéticas, y proponían las interpretaciones más sutiles y más extravagantes. Desde que las imaginaciones echaron por este camino, y los literatos se dieron á buscar sentidos ocultos en los escritores, mitológicos y filósofos, no se dedicó á otro objeto la viveza de los ingenios, y con esto se fué perdiendo poco á poco el gusto de las bellas letras y verdadera filosofía. Lo que se veía eran poesías estériles, vanas declamaciones, humildes panegíricos, y á este modo otras sin ingenio y juicio; y aunque había talento no se empleaba en las artes que dependen de la fantasía, y suponen el estudio de las reglas, y faltaba la elevación, la sublimidad, el acierto en las invenciones, la conseqüencia y las gracias naturales.

Este estilo tan diferente del de los buenos siglos, se dió á conocer más en las producciones que se publicaron á fines de aquel en la decadencia del gusto, y la debilidad del ingenio que ya se conocía en las obras de Claudiano y de Prudencio en el siglo quarto, y se aumentó en los escritos de san Próspero, de Sidonio Apolinar, y de otros que se vieron al acabarse el quinto, bien que estos autores no hayan carecido de talento y de cultura. Esta falta se nota también en los santos padres, sin exceptuar de ella á san Gerónimo, á san Pedro Crisólogo, Rufino, Teodoro, Salviano, ni á san Leon y san Agustín; y el primero es el orador más elegante, y el segundo el ingenio más profundo de quantos se han visto en el Occidente en los tiempos de quien vamos hablando. Sacando á san Juan Crisóstomo entre los griegos, y entre los latinos á Sulpicio Severo, apenas se halla alguno que haya pensado con valentía, distribuido con orden, y escrito con adorno. Y por eso respectó de la filosofía, de las letras y las artes, con razón se ha mirado el siglo quinto como un paso de los tiempos de las luces, del gusto y de la verdad, á los de las tinieblas, de la barbarie y de la corrupción. Las costumbres nacionales, como las de cada uno de los hombres en particular, van ordinariamente con el genio, y reciben la impresión del carácter que domina, y esto es lo que nos ha dado motivo de observar la revolución á que hemos llegado. Las almas estaban caídas, el valor sin impulso, y aquellos romanos tan famosos en lo antiguo por la elevación de sus pensamientos, por el sufrimiento en los reveses, y por su magnanimidad, no conocían ya el he-

roismo, ni el amor de la patria, que son los principios á quien se deben las empresas grandes y las acciones animosas. Los soberanos sumergidos en la molición, y gobernados por eunucos, no miraban como mérito sino á la lisonja, y no era menester más para ascender á los honores y el adquirir riquezas, que alabar las pasiones de los señores y de sus favoritos. ¿Y de qué sirven las virtudes y talento, quando la adulación y los elogios mal empleados en hombres despreciables, y las complacencias bajas ó pecaminosas abren el camino á la fortuna, y el mérito se oculta por no abatirse temiendo envilecerse? Ya hemos visto que la mayor parte de los príncipes que reynaron en este siglo, ó no merecieron conocerlo, ó no supieron darle el lugar que le correspondía. Veamos ahora qual fué la suerte del christianismo en medio de estas influencias tan contrarias al adelantamiento de la razón, y á los esfuerzos de la virtud,

ARTICULO III.

Estado del christianismo en los dos imperios y entre los bárbaros.

A pesar de los ataques violentos y repetidos del error que renacía baxo nuevas formas, y tomaba sus armas formidables contra la fe católica, y aunque las desgracias del estado se incluyesen necesariamente en la de la Iglesia; ella sin embargo se mantenía con resplandor en el Oriente, y conservaba siempre la misma autoridad y el mismo vigor resplandeciente en la santidad de sus cabezas y de sus miembros, como se verá en el artículo siguiente. Se veían debaxo de la púrpura las más eminentes virtudes unidas con los más raros talentos en la persona de santa Pulchêria, hermana de Teodosio el jóven. Se poblaban los desiertos de penitentes que estaban levantando las manos al cielo, en tanto que los pastores combatían con la heresia, y perseguían el vicio con las luces de sus escritos y sus instrucciones patéticas. La pureza del dogma estaba apoyada en las sentencias solemnes que condenaban las nuevas doctrinas, y la relaxación enfrenada con los reglamentos de disciplina que prevenían ó cortaban los abusos. Tampoco estaba combatido aquel espíritu de fortaleza y grandeza de

corazon que habia producido los mártires, pues se han visto todavía un sin número de valientes atletas correr á la gloria del cielo por riegos, via ó camino de la sangre, resplandeciendo en ellos tanto la fuerza de la gracia, como en los antiguos héroes del christianismo que despreciaron los tormentos y la muerte.

Habiendose establecido ya en Persia la religion christiana por el zelo de muchos varones apostólicos, hizo allí en el principio de este siglo los nuevos progresos que no habia podido en todo el quarto por estar luchando en una guerra continua. Porque animados los soberanos del mismo espíritu que habia encendido en otro tiempo tantas hogueras en toda la extension del imperio para acabar con los christianos, por consiguientes persecuciones, de que se hace mencion en la historia, pues no cedió en la rabia y crueles invenciones á las que executaron los Nerones y Dioclecianos. Cesó en fin, y á los Sapores y Vararanes sucedió un príncipe lleno de dulzura y humanidad, amado de sus vasallos, y tan favorable á los christianos que les permitió construir iglesias, y hacer públicamente los ejercicios de su religion. Pero esta paz fué dentro de poco turbada por una furiosa tempestad que levantaron los magos en este reyno contra los adoradores del Dios verdadero; los quáles irritados de ver que su culto, y consiguientemente su crédito en la corte, y su dominio sobre el pueblo iba á ménos cada dia por la multiplicacion de los christianos; pusieron todos los medios imaginables para atraer las intenciones del príncipe á sus miras, y lo consiguieron á fuerza de artificios é imposturas. A esta funesta revolucion dió lugar el zelo indiscreto de un obispo que mandó derribar un templo, en que los persas adoraban al fuego que era su única deidad: accion que el rey incitado por los magos miró como un atentado cometido contra la religion del pais, contra sí, y en fin como un ultraje hecho á su persona. Dió orden para derribar las iglesias de los christianos, y castigarlos con los castigos mas severos: y este fué el momento que estaban aguardando los magos, para dar rienda suelta á su venganza en la rabia ilimitada, que no satisfaciéndoles ver sufrir á sus victimas los tormentos ordinarios, inventaron para hacer padecer á los hombres otros modos que no se habian ofrecido á

los mas crueles tiranos. Empero Dios, que quería manifestar al mundo que el espíritu del christianismo es uno mismo en todos los tiempos; y que su gracia puede, quando él quiere, producir los mismos efectos, iba proporcionando el valor de los mártires al furor implacable de los perseguidores, y á la atrocidad de los suplicios que los hacian padecer. Aun no se ha podido saber el número cierto de los que han perecido en esta persecucion, bien que segun los escritores contemporáneos asciende á muchos millares.

La iglesia fecunda en mártires hácia las extremidades del Oriente, lo era igualmente en la mayor parte de las provincias del imperio en el Occidente, por donde se esparcian sin cesar como torrentes impetuosos los bárbaros casi todos paganos, é excepcion de los que habian abrazado el christianismo, que no eran ménos enemigos de la fe, que los arrianos que los habian instruido. Unos y otros hicieron horribles sacrificios de los christianos y católicos en sus sangrientas correrías, poniendo fuego á las iglesias, donde los fieles se juntaban á la oracion y al sacrificio, entrando de maño armada en las casas donde las vírgenes christianas vivian en comunidad; profanando los lugares consagrados á la piedad, y vertiendo desapiadadamente la sangre de todos los que tenian por adoradores de Jesu-christo, ó defensores de la consubstancialidad. Aun excitan el sentimiento y la piedad los horribles espectáculos que nos pintaron san Gerónimo y Salviano testigos en parte de ellos.

No causaron menores males á la Iglesia los vándalos, ni hicieron correr ménos sangre en la Africa, uniendo el furor que les inspiraba la heregia con la crueldad natural de todos los pueblos bárbaros. Despues que se hicieron dueños de esta hermosa porcion del imperio, privaron á las iglesias de sus obispos y prohibieron nueva eleccion, y los clérigos católicos no podian exercer funcion alguna sagrada, sin exponerse á los tratamientos mas inhumanos. No era menester mas que ser ortodoxo para llegar á ser el objeto de las vexaciones, de los ultrajes, de las violencias y de las atrocidades, con que aquellos hombres feroces hacian vanidad de señalar su zelo destruidor. Los paganos de los primeros siglos no llegaron á tan crueles excesos de barbarie, ni los tiranos mas sedientos de san-

gre christiana mostraron entrañas mas endurecidas, quando mandaban entregar los fieles al furor de las bestias en los anfiteatros, ni quando los condenaban á tormentos tan exquisitos. Llegaron hasta cinco mil de estos animosos confesores entre obispos, presbíteros, diáconos, clérigos inferiores, y otros católicos de todo sexo y edad, amontonados de una vez en una prision estrecha, en donde la mayor parte perecieron de la infeccion y gusanos que se engendraban de los excrementos, especie de tormento aun mas horrible é impío que la espada y el fuego. Los obispos y presbíteros arrianos irritados mas cada vez y mas desapiadados, quanto mas sufrimiento y valor hallaban, iban por todas partes á perseguir á los católicos, y con las órdenes que habian solicitado, animaban á los executores á que á su exemplo se mostrasen inaccesibles á la compasion y á la humanidad. Y en atormentar ó exterminar á los que no tenian la misma fe que ellos, llevaban estos hombres furiosos, indignos así del título de pastores como del nombre de hombres, la mira de que prevaleciesen sus opiniones.

En tanto que duró esta persecucion movida por Hunnérico rey de los vándalos, hizo visible Dios su poder con un milagro que sucedió el año 484 en Typasa ciudad de la Mauritania, y tal que nunca se habia visto otro semejante. Fué que los habitantes, que casi todos eran católicos, se embarcaron en gran número para refugiarse en España, y alejarse de la crueldad del príncipe arriano. Sábelo Hunnérico, y monta en cólera viendo que se le habian desaparecido á sus golpes tantas víctimas, y manda cortar la mano derecha y la lengua á quantos no habian podido escaparse. Pero ¡qué gozo no tuvieron los fieles, y qué confusion para los tiranos, quando se oyó á estos ilustres confesores articular, como ántes, las palabras! No fué este prodigio de la breve duracion de aquellos sucesos que puede la incredulidad disminuir con mil suposiciones y mil conjeturas arbitrarias: duró quanto duró la vida de aquellos, en quien Dios lo habia obrado, y hubo algunos que llegaron á una edad muy abanzada: lo atestiguan los historiadores contemporáneos y testigos de vista, como un hecho de notoriedad pública, y el emperador Justiniano en una constitucion inserta en el código publicado primeramente en § 29, y mas adelante en § 34,

tit. 17. l. 1. refiere, que habia visto á muchos de estos hombres respetables que hacian ellos mismos la narracion de sus tormentos, aunque les habian cortado la lengua de raíz. Si un hecho de esta naturaleza, que se ha verificado fácilmente por tantas personas, y está apoyado en testimonios tan auténticos, se puede disputar; no habrá cosa alguna en la historia en que no quepa duda. Aun quando este milagro fuera el único que la critica se viesse precisamente á admitir, él solo bastaria para demostrar invenciblemente la divinidad de la religion christiana.

Mientras que la ferocidad de los bárbaros, y el zelo cruel de los arrianos renovaban en Occidente las escenas sangrientas de que habia sido testigo todo el imperio en los tres siglos primeros, estaba la iglesia de Oriente llena de turbaciones todavia mas sensibles: pues el resentimiento de una muger poderosa y vengativa, y la ojeriza de un ministro absoluto que se creia ofendido, perseguian al mayor hombre que subió á la silla de Constantinopla, que llegó á ser patriarcal desde el segundo concilio ecuménico. San Juan Crisóstomo, el ingenio mas resplandeciente de su tiempo, y el orador mas eloqüente que jamas se ha visto en la Iglesia, estaba á la mira de todos los lazos, con que el despecho y la envidia podian armar el poder soberano. Su zelo se interesaba en gritar contra los vicios de los grandes y del clero, en corregir los abusos, en restablecer la observacion de las reglas santas, y en reparar las quiebras de la disciplina eclesiástica que se habian hecho en los tiempos calamitosos, en que el error protegido habia dexado crecer las zarzas y las espinas en el campo del Señor. Y la recompensa de la santa libertad, con que este generoso obispo habia exercido un ministerio, que no cedió jamas al gusto de la policia ni á los intereses humanos, fué la persecucion mas obstinada, los tratamientos mas duros, y la muerte que padeció en el segundo destierro. Todos los obispos de la iglesia Oriental habian tomado partido en esta querrela. Unos esclavos de la corte y declarados contra el santo obispo, que era el mayor número, tomaban parte en la intrepidez de la emperatriz Eudoxia y su favorito Eutropio; los otros amantes tibios de la virtud se contentaban con suspirar ocultamente, y condenar con timidez la injusticia. De estos apenas serian quarenta, y no obstante pocos de ellos tuvieron valor para tomar la defensa de un

hermano que padecía por la causa comun de los pastores. Las heregías de Nestorio, de Eutichês y de Pelagio, que exâminarêmos mas menudamente en los artículos siguientes, fueron otras pruebas que dieron que hacer á la Iglesia en este siglo. Por dicha no causó confusiones en el órden civil el pelagianismo que se originó en el Occidente, bien que tuvo un gran número de sectarios; pero no sucedió así con las sectas que se formaron en tiempo de los otros dos heresiarcas que acabo de nombrar, pues inquietaban todo el Oriente así por la dignidad y crédito de sus autores, como por la qualidad y virtudes de los que las abrazaron ó protegieron; y mucho mas todavía por la influencia de la suprema autoridad, que se mezcló mas de lo justo en estas quëstiones sutiles que debian dexarse á los teólogos para aclararlas, y al juicio de la Iglesia para decidir las. El zelo de la fe era una qualidad necesaria para todos los que tenian puestas las miras en algun interes personal, y ya porque esta palabra significaba ó el amor sincero de la verdad, ó la ciega inclinacion al error, sea como fuere, esta era la virtud dominante que seguian los ambiciosos por elevarse á los honores, los hipócritas por adquirir reputacion de santidad, los envidiosos del mérito ageno por perjudicar á sus rivales, los entremetidos por hacerse estimar; y en una palabra, todos los hombres llevados de la pasion ó del interes se cubrian con este velo, y tomaban en estas disputas el partido por quien se declaraban los príncipes, ó en favor de los orthodoxos ó de los novatores, de lo qual se seguian infinitos daños. Los cánones estaban quebrantados por el peso que el poder soberano daba á los negocios de la Iglesia que exigen una entera libertad: los objetos esenciales del estado abandonados quando el príncipe y su Consejo se ocupaban solamente en conferenciar con las cabezas de diferentes partidos, y en disertar con ellas sobre el dogma. En fin las mugeres, los eunucos de palacio que gobernaban á los monarcas entregados á la dissipacion y á los placeres, inclinaban la autoridad hácia los que ellos protegian, que ordinariamente eran los seqüaces del error, porque estos son los mas complacientes, los mas introducidos, los mas diestros en captar el favor, y los mas fecundos en astucias y entremetimientos.

A pesar de estos contratiempos, la religion tenia el consuelo de ir haciendo nuevas conquistas en el imperio y fue-

ra de él, en los pueblos de la provincia de Henão y de la Flandes ilustrados con la luz del Evangelio por medio de san Victricio obispo de Ruan; en los de Escocia que recibieron el bautismo por mano de san Paladio; en los habitantes de la isla que hoy nombramos Irlanda, quienes dexaron el culto de los ídolos por la predicacion de san Patricio, enviados estos dos últimos apóstoles por el papa san Celestino. San German de Auxerre, san Lope de Troyes, y san Severo de Tréveris que habian sido enviados sucesivamente á Inglaterra para resistir el error de Pelagio, predicaban por todas las ciudades y aldeas que encontraban, y convertian un gran número de paganos. Tambien abrazaron el christianismo otras naciones que salieron del Norte de la Europa y de los países septentrionales de la Germania; pero la mayor parte profesaban sus errores, por haber sido convertidos por apóstoles arrianos, como lo hemos ya dexado advertido. Sin embargo no dexaba de ser una gran ventaja el haber dado el primer paso hácia la verdad, renunciando la idolatría. Y despues trabajaron los santos obispos y otros ministros católicos con felicidad en ilustrarlos en el verdadero dogma, y la Iglesia tuvo el gozo de verlos unidos á los demas creyentes sus hijos, y adorar como ellos la divinidad del Verbo Eterno igual en todo á Dios su Padre.

La conversion mas ilustre fué la de Clodoveo rey de Francia, y con él la de la mas noble parte de sus vasallos. Este mas bien príncipe que soberano, se puede llamar general y cabeza de la nacion que habia salido de la Germania, é inquietaba á los romanos dos siglos habia con correrías y braveza, la qual en tiempo de Faramondo Clodion, Móroveo y Chilperico padre de Clodoveo habia extendido sus conquistas por las Galias desde el Rin hasta el Loire. Habiendo derrotado Clodoveo á Siagro general del imperio cerca de Soisons, y mandado cortar la cabeza, acabó de destruir el poder de Roma en las Galias á fines del siglo quinto. Estaba casado con Clotilde, hija del rey de Borgoña, princesa ilustre por la pureza de su fe y gran piedad, con que exhortaba muchas veces á su esposo á que dexase el paganismo en que habia nacido, y abrazase la religion christiana. El príncipe se lo ofrecía, pero lo iba dilatando de dia en dia; mas al cabo llegó el momento que Dios tenia determinado para que entrase en la

Iglesia. Pues estando en guerra con los alemanes, pueblo belicoso establecido en la Germania, vinieron á las manos los dos exércitos en Tolbiac cerca de Colonia; y en medio del combate advirtió Clodoveo que cedían sus tropas, y estaba la victoria á punto de perderse; entónces levantando el morrión y las manos al cielo recurrió al Dios que Clotilde adoraba, y le hizo voto de adorarle tambien, y hacerse christiano, si venía á socorrerle en aquel aprieto. Apenas acabó de decir estas palabras, quando los soldados se reforzaron, y se declaró la victoria por él. Una proteccion del Dios de los christianos tan señalada, y tan capaz de hacer impresion en una alma guerrera, acabó de moverle, y así resolvió disponerse para recibir el bautismo sin mas diferirlo. Fueron sus catequistas el primero san Vedasto Waasto despues obispo de Arrás, y el segundo san Remigio obispo de Rems, quien luego que le pareció que estaba suficientemente instruido para recibir el sacramento que abre la puerta de la iglesia, le bautizó víspera de la Natividad año 496 con parte de su exército. Esta ceremonia se hizo con todo el aparato que podia realzar el lucimiento. Las calles de la ciudad estaban entapizadas: una multitud de antorchas perfumadas iluminaban la iglesia, y del baptisterio ricamente adornado se exhalaban olores de los preciosos aromas que en él se quemaban. Al canto de los salmos llevaba san Remigio de la mano á su catecúmeno acompañado del exército y del pueblo: esta procesion piadosa y militar á un tiempo era el triunfo de la religion. *Baxa la cabeza, fiero Sicambro*, le dice Remigio á Clodoveo al irle á bautizar: *adora lo que has quemado, y abrasa lo que has adorado*. El príncipe frances honró toda su vida al santo obispo como á su padre. No habia entónces otro príncipe católico en el christianismo sino Clodoveo, presagio feliz para la nacion, y principio de una larga série de monarcas que por su fe siempre pura, y por su zelo atento siempre á alejar el error de sus estados, merecieron el título glorioso de reyes christianos, é hijos primogénitos de la iglesia. La Francia es el único imperio del mundo christiano, á cuyo trono jamas subió la heregia ni dominó en el estado, exemplo singular en la historia de la religion, y gloria particular de la iglesia Galicana que reparte con sus soberanos.

ARTICULO IV.

Heregias que se levantaron en el Oriente: su principio y efectos: y medios que se han tomado para destruirlas.

Arrio negaba la divinidad del Verbo, asegurando que no era eterno como el padre, ni consubstancial á este Dios único y supremo, cuyo conocimiento ha esparcido el christianismo en el mundo: Macedonio y sus discípulos habian aplicado al Espíritu Santo los discursos y los textos de que se valian los arrianos para impugnar los atributos divinos del hombre Dios. La doctrina de Arrio se dirigia naturalmente á la que reconocia en Jesu-christo dos personas, divina y humana, distinguidas la una de la otra en tales términos, que no le concedia propiamente ninguno de los atributos de la Divinidad, ni merecia el nombre de Dios, sino en consecuencia de una union moral á que se habia hecho digno de ser elevado por el buen uso que habia hecho de su libre alvedrío. Este último principio es uno de los fundamentos de la heregia de Nestorio que nació del seno del arrianismo, y en algun modo es un nuevo ramo de ella tomado de Teodoro de Mopsuesta, y lleno de las ideas que en estos últimos tiempos han llevado tan adelante los socinianos. La doctrina del obispo Teodoro, de quien hablaremos largamente despues, era someter los dogmas de la fe á las luces de la razon, y admitir solamente doctrinas claras, inteligibles, y que no fuesen superiores al entendimiento y alcances del hombre. Este era un sistema que con la disipacion que ofrecia de la obscuridad, estaba dispuesto para ser seguido por todos aquellos, á quien disgustaba la incomprehensibilidad de los misterios, y deseaban conciliar la fe con la razon. Y así de él aplicado á la Encarnacion, y combinado con los principios de Arrio, resultó el nestorianismo; y de su aplicacion á las dificultades de la predestinacion y de la gracia nacieron los errores de Pelagio, como se verá en el artículo siguiente.

Nestorio tornó á renovar los vestigios que todavía estaban recientes de las ideas que los arrianos habian sembrado en la Iglesia; y como Apolinario habia confundido las dos naturalezas negando á Jesu-christo alma humana, para apartarse mas de los discípulos de Arrio que le deprim-